

Mito.

M I T O.

Novela dialogada

por

Leoncio Urabayen.

Leoncio Urabayen
Yanguas y Miranda, 3-32.

PAMPLONA

INDICE.

Acorde inicial.

Episodio I.- Antonia.

Episodio II.- Basilia.

Episodio III.- Fernanda.

Episodio IV.- Edita.

Episodio V.- Agripina.

Episodio VI.- Catalina.

Episodio VII.- Luisa.

Episodio VIII.- Juliana.

Episodio IX.- Rosa.

Episodio X.- Lucrecia.

Episodio XI.- Dorotea.

Acorde final.

ACORDE INICIAL

M I T O.

ACORDE INICIAL.

Este Acorde suena en un lugar indefinido, sin formas, en el que no hay más que masas y colores, como nubes.

Lo mismo sucederá con los personajes de la novela. Los trajes pueden suponerse de cualquier forma, a gusto del lector, pues la *novela* no transcurre en fecha determinada ni en un lugar preciso. Eso sí; convendrá que el lector fuerce su fantasía y se figure a los personajes vestidos con telas vistosas y colores brillantes y variados. Y sobre todo, ha de imaginarse al tipo de don Juan más atildado y compuesto que las demás figuras que intervienen en la novela.

Al iniciarse este Acorde se ve a don Juan Tenorio de pie, con traje de caballero de fines del siglo XVI. Tras él se halla la estatua del Comendador sujetándole por los brazos. Rodeando a don

31

Juan están Isabela, Tisbea, doña Ana, Aminta y otras víctimas de don Juan Tenorio, vestidas al uso de los siglos XVI y XVII. También doña Inés, con hábitos de monja. Don Juan, con la cabeza alta, retador, escucha sonriente a sus víctimas.

Isabela.

- Ya estamos todos juntos, burlador y engañadas. Ya sólo vives, hombre perverso y vano, en la memoria de las gentes. Y al fin, nosotras, deshonradas por ti, atisbamos la hora próxima de la redención. El mundo hizo de ti, don Juan Tenorio, un prototipo. Llegaste a ser modelo, aspiración, idea fija para muchos. Y tantos te siguieron!.... Zorrilla y Tirso, tus padres espirituales, te lanzaron al mundo como una alegoría. Pero encarnaste algunas veces, desgraciadamente. Y muchos hombres procuraron imitarte y muchas mujeres te admiraron en el silencio de sus almas. Qué trágicos eclipses sufre a ve-

ces el pensamiento humano!. ¿Cómo pudo triunfar entre las multitudes un tal canalla como tú?. No hubo crimen que tú no cometiste ni villanía que dejaste de hacer. Yo, Isabela, fui la víctima de una suplantación. Sin el menor escrúpulo, reemplazaste a mi adorado duque Octavio en la obscuridad. Y luego te jactaste de este vil y cobarde proceder. Eres abyecto y repugnante!.

Tisbes.

- ¿Y qué diría yo, cuya inocencia era el orgullo de mi vida?. Honrada hasta llegar a la fiereza, me conseguiste con promesas formales que jamás tuviste intención de cumplir. Y aún hay hombres que te toman por modelo!. ¿Desde cuándo fué entre nosotros un mérito faltar a la palabra seriamente empeñada?. Hombres locos!. Mujeres confiadas!.

Doña Ana.

- Mónstruo!. Como Isabela, doña Ana de Ulloa padeció la vergüenza de tu infinita villanía. Mi Marqués de la Mota, leal amigo tuyo, descansó incautamente en la confianza de tu amistad fingida. Y como es lógico tratándose de ti, abusaste indignamente de él. Oh, qué gran hazaña disfrazarse de otro para usurparle sus derechos!. ¿Será posible que los hombres te ensalcen todavía?.

Aminta.

Destrozaste mi felicidad, hombre falso!. Valiéndote de argucias de rufián, me separaste de mi escoso. Yo lo amaba. Y tú me deslumbraste con mentirosos juramentos. Y a esto llamas tú conquistar a las mujeres!. ¿Qué lograste?. Tener unos momentos nuestro cuerpo en tus brazos. Pero ninguna de nosotras te abrió su alma enteramente. No. No nos enamoraste. Nos conseguiste solamente. Del amor, del amor

verdadero, tú no supiste nada. Tienes tanta podre en el alma que no caben en ella tan celestiales delicadezas.

Doña Inés.

- Yo le amé. No sabía todo lo malo que era. Y veo ahora cómo yo también he sido engañada. Falso hasta la raíz de sus huesos, simuló para lograrame un amor verdadero. Yo, novicia infeliz, le creí, aturdida por mi inexperiencia. Después he visto, ya demasiado tarde, que es incapaz de amar. ¿Cómo va a haber sitio para el amor, todo luz, en su alma negra? Y los hombres, eternamente ciegos, no saben que le odio. Que lo maldigo insaciablemente porque ensució asquerosamente mi pureza. Y porque, tras haberlo salvado, sigue vanagloriándose de su condición vil y de su habilidad para ser malo. Menguada habilidad!

Doña Ana.

- Don Juan Tenorio, ha llegado tu hora. La Humanidad intenta hacer examen de conciencia y arrepentirse de sus culpas. Fuiste admirado e imitado durante varios siglos. Pero llegará un día en que tus abyecciones, tus pecados, tus crímenes serán debidamente comprendidos y ya los hombres sólo verán en ti lo que eres: un monstruo de vicio y de insensibilidad. Tus culpables hazañas no han existido más que en las imaginaciones humanas. Tú no triunfaste más que en el Teatro. La vida te haría fracasar fatalmente. Desaparece, pues, de la memoria de los hombres como prototipo del amor!. Que todos execren tus engaños y seas para ellos la abominación!. Tu hora viene, gran rufián!. Bórrate de este mundo!. Desaparece!.

Don Juan (sonriendo cínicamente).

- Tan largo me lo fiáis!....

El Comendador.

- Calla, maldito!

EPISODIO I.

ANTONIA.

EPISODIO I.

ANTONIA.

(Estamos en una zapatería).

Antonia.

- Qué vida ésta!. Se mata una trabajando y apenas da la cosa para vivir. El caso es que ya ni soñar puede una. Es tan vulgar esta vulgaridad!. (Entra don Juan).

Don Juan.

- Dios guarde a la más bella flor de este barrio!.

Antonia (complacida).

- ¿Qué desea usted, caballero?.

Don Juan.

- Verla y oirla. Nada más, nada menos.

- Verla y oirla, nada más, nada menos.

Antonia.

- No es mucho, ciertamente.

Don Juan.

- Oh, es todo para mí, encantadora Antonia!. Ayer pasé por aquí. Estaba usted en la puerta. Y ya todos mis pensamientos son usted. Ni disfruto, ni vivo, ni duermo. Mis antiguos placeres han volado. Soy rico, soy noble y distinguido en la ciudad. Mas todos estos timbres de legítimo orgullo perdieron desde ayer todo su encanto para mí. Mi pensamiento único es poner a sus pies, hermosa Antonia, mi vida, mi posición y mis riquezas.

Antonia.

- ¿Habla usted seriamente, señor.... ¿Cómo os llamáis?.

Don Juan.

- El caballero don Juan.

Anton-ia.

- Ahí. (Asombrada). ¿El hijo de don Diego, tan óido en el Gobierno?.

Don Juan.

- Yo mismo, hermosa mía.

Antonia.

- ¿Dueño de tantos pueblos y de tan extensos territorios?.

Don Juan.

- Ya lo habéis dicho.

Antonia.

- Pero terrible enamorado. ¿Qué malos vientos le empujaron

a usted por aquí?.

Don Juan.

- Malos no, Antonia, propicios, venturosamente propicios.

Como una fuerza superior a mí mismo, me arrastraron a la luz de esos ojos tan bellos. Ya no puedo vivir en la sombra, Ángel mío. Necesito mirarla a todas horas (coge a Antonia una mano), respirar su aliento, oír palpitir junto al mío su corazón purísimo.

Un hermano de Antonia (asomando la cabeza por una puerta).

- Hola!. Un conquistador. Está visto que no cabe en el mundo ser pobre y ser hermosa. Escuchemos.

Antonia.

- ¿Quién sería tan incauta que confiara en sus palabras?.

Don Juan.

- Otras no; pero usted sí, Antonia incomparable. Siento que

le amo como no he amado nunca. Su belleza divina me ha trastornado por completo y ya no hay para mí paz ni sosiego. Mi vida sin usted peor sería aún que lamuerte. No. Yo no me marcharé sin usted.

El hermano de Antonia.

- Esto se pone feo. Tomemos precauciones. (Desaparece).

Antonia.

- Cómo!. ¿Qué dice usted?. (Suelta la mano).

Don Juan.

- Digo lo que siento, Antonia, Nada más.

Antonia.

- ¿Pero ha olvidado usted que habla con una mujer honrada?.

Don Juan.

- ¿Cómo olvidar su sólida virtud, Antonia mía?. ¿Y quién

pensó jamás en atentar a ella?. Para nadie como para mí es eso tan sagrado. ¿Y no lo ve usted aún claramente?. Estoy loca y definitivamente enamorada. El mundo es triste y la vida sombría sin usted. ¿Qué remedio me queda sino juntarme con mi amor para siempre?. (Aparecen ~~los~~ dos hermanos de Antonia en una puerta).

Uno de los hermanos.

- ¿Sabes que éste debe de ser de abrigo?

Antonia.

- ¿Cómo?. ¿Consentiría usted en casarse conmigo?

Don Juan.

- ¿Consentir, bella Antonia?. El honrado y ensalzado sería yo. ¿Cómo pudo usted pensar que mis intenciones eran otras?.

Un operario zapatero (asomando la cabeza entre los hermanos de Antonia).

- Atiza! No se para en barras.

Antonia.

- Entonces

Don Juan.

- Mañana mismo nos casamos. Pero como yo sé que mi padre ha de poner ahora a mi proyecto gran oposición, será preciso realizarlo con el mayor secreto y para ello tendremos que salir de la ciudad. Y en una quinta deliciosa, que está a media jornada de aquí, a la orilla del río, seremos ante Dios y ante los hombres el uno del otro para siempre.

- Otro operario zapatero (asomando la cabeza).

- Qué farsante! Si ya sabemos todos que es un granuja!

Antonia.

- Pero abandonar a los míos!....

Don Juan (cogiéndole una mano).

- ¿Qué dejas tras de ti?. La miseria y el ahogo continuos.

¿Qué te espera?. Una vida feliz, un amor infinito, todos tus caprichos satisfechos, las riquezas, el lujo, la abundancia.

Otro operario zapatero (asomando la cabeza).

- Y no le ofrece todo el sistema planetario porque no se le ocurre!.

Antonia.

- ¿No me engañáis, don Juan?.

Don Juan.

- Oh, juro que todo eso es cierto!. Las habitaciones nan

sido ya dispuestas y un carruaje nos llevará hasta la misma quinta.

Un hermano de Antonia.

- Es un Napoleón del amor organizando.

Antonia.

- ¿Pero así, tan de pronto?

Don Juan.

- Sí, tiene que ser así. Todo está preparado y si aplazáramos tu marcha mi padre llegaría a enterarse de mi resolución y los obstáculos aumentarían. Ven, amor mío. La felicidad nos espera allá abajo.

Antonia.

(Hablando para sí).- Después de todo ¿mi vida será más mi-

serable que la que ahora llevo?. Trabajar, trabajar y vivir malamente.

El que no se arriesga no pasa la mar. (A don Juan). ¿Me prometéis formalmente casaros conmigo?

Don Juan.

- Os lo juró. (Hablando para sí). Las mujeres no se pagan más que de palabras.

Antonía (resueltamente).

- Pues vamos.

Empiezan a marchar. Repentinamente, se presentan los dos hermanos de Antonía y los tres operarios zapateros, con delantales de cuero y con un tirapié en la mano, y se ponen rápidamente alrededor de don Juan. Antonía queda inmóvil, confusa y atemorizada.

Un hermano de Antonía.

- Un momento, muchachos. ¿Se puede saber a dónde vais?.

Don Juan (con orgullo).

- ¿Qué os importa?

El otro hermano de Antonia.

- Tanto, por lo menos, como a ti, mico.

Don Juan.

- ¿Qué dices, miserable?. Me llamas mico y me insultas tu-
teándome.

El otro hermano de Antonia.

- Te digo la verdad y te trato como mereces.

Don Juan.

- ¿Como merezco yo, el hijo único de la familia más distin-
guida de la ciudad?

El otro hermano de Antonia.

- No me refiero ahora al hijo único de la familia más distinguida de la ciudad. Ya ves, yo soy ^{Todo un oficial} zapatero y no me considero ofendido porque me apees el tratamiento. Pero tú no eres más que un nico sediento de lujuria.

Don Juan.

- Imbéciles!. ¿Cómo os ~~atrevéis~~ a hablar así del amor?.

Un hermano de Antonia.

- Ah, ¿pero esto es el amor para ti?. ¿Robar doncellas y abandonarlas luego?.

Don Juan.

- Yo no las robo. Vienen ellas.

Un hermano de Antonia.

- Así vas pregonándolo tú. Pero si ellas fueran nada más

que la mitad de canallas que tú, ya veríamos lo que conseguías. Abusas de su bondad y de su buena fe y, en el caso de Antonia, de su pobreza. Les ofreces el Sol, la Luna y las estrellas (riéndote de tus promesas, por supuesto) y las muy infelices te creen y se entregan a ti. Disfrázate de zapatero y a ver cuántas te siguen. •

Don Juan.

- Villanos, miserables!. Apartad!. Las cosas del amor son superiores a vuestros corazones plebeyos. (Intenta salir).

Un hermano de Antonia.

- Sí, que vas a irte de rositas. Ahora verás. (A sus compañeros). Sujetadlo!.

Se echan todos sobre don Juan y le atan los pies y las manos con dos tirapiés. Don Juan forcejea incesantemente.

Dón Juan.

- Villanos!. Villanos!.

Un hermano de Antonia.

- Villanos, villanos. Con eso se os llena la boca a vosotros, descendientes directos del ombligo de Adán. Cuántos ladrones y asesinos habrás tenido en tu ascendencia, lo mismo que nosotros!. (A sus compañeros). Bueno, ¿está ya?.

El otro hermano de Antonia.

- Sí, a punto de caramelo.

Un hermano de Antonia.

- Pues empezad.

El otro hermano de Antonia y dos de los zapateros comien-

zan a azotarlo fuertemente con los tirapiés. Mientras es azotado,

se debate

don Juan ~~estaba~~ lleno de furor.

Un hermano de Antonia.

- No son éstos precisamente los besos que esperabas, pero sí los que merecías, indudablemente. ¿Piensas que por ser pobre y bella una mujer tiene por fuerza que caer en tus brazos?. Nocturna ave rapaz, que se contenta con ratoncillos y pájaros dormidos!

Don Juan.

- Oh, es indigno!. Un caballero como yo azotado vilmente por gentes como éstas!

Un hermano de Antonia.

- Aún te hacemos demasiado honor. ¿Qué tienes tú de caballero?. El vestido y el nombre. En todo lo demás eres un perfecto canalla. ¿O crees que es posible abusar incesantemente de los hombres?.
eres en la sociedad de las gentes un elemento mucho más peligroso

que los más fervorosos anarquistas. Mientras el mundo marcha descansando en la mutua confianza, tú pones en burlarla todo tu amor y todo tu cuidado. Esto tiene sus quiebras y la mayor es que, al fin, te conozcan. Entonces recibirás tu merecido. Y puede que la vindicta empiece en esta casa. (A sus compañeros). Qué; ¿está ya a punto?

Un zapatero.

- Blando como una jalea.

Un hermano de Antonia.

- Pues soltadlo. (Lo sueltan. Don Juan apenas puede tenerse en pie).

Don Juan.

- Qué vergüenza!

Un hermano de Antonia.

- Sí, no es muy honroso para ti que digamos. Pero ¿cómo no se te ocurre pensar en cómo habría quedado nuestra hermana después de que, conseguida, la hubieses abandonado en el arroyo?

Don Juan.

- ¿Qué me importa vuestra hermana?

El otro hermano de Antonia.

- Muy bien. La paliza ha hecho su efecto. (A Antonia, que permanece confusa). Ya ves, Antonia, qué fino era su amor.

Antonia.

- Gracias, hermanos míos. Ahora veo claro.

Un hermano de Antonia.

(A don Juan).- Bueno, pues ya nada tienes que hacer aquí.

Con que, largo!

Don Juan (con amargura y rabia).

- Oh, y qué dirán ahora de mí!

Un hermano de Antonia.

- Yo puedo adelantártelo. Dirán que la mayor parte de tus conquistas son mentira y que las ciertas las pudiste realizar solamente porque tus víctimas no tenían hermanos vigilantes u otros deudos que las pudieran defender. Dirán que en una sociedad medianamente organizada tus fechorías serían inmediatamente castigadas y que ~~tu fama~~ tu fama no es más que leyenda. Dirán que tu hora pasó, don Juan, y que ya estás de capa caída. Dirán, en fin, que eres un canalla y dirán la verdad.

Don Juan.

- He de vengarme, miserables!

Un hermano de Antonia.

- Y que tantos hombres hayan hecho un ideal de ti!. En vez de reconocer humildemente tus pecados te ensoberbeces y quieres tener siempre razón. Yo empezaba a compadecerme al verte tan maltrecho, pero ahora me dan ganas de volver a empezar. Vete, vete, mal hombre!

Don Juan.

(Sale medio doblado y cojeando). - Qué vergüenza!

El otro hermano de Antonia.

- Y no vuelvas más por aquí si quieres estar a gusto con tus huesos.

EPISODIO II.

BASILIA.

EPISODIO II.

BASILIA.

Interior de una iglesia. Basilia y don Juan rezan juntos, arrodillados.

Basilia (levantándose).

- Qué deliciosas son estas pláticas con Dios!. Sale una de ellas más joven y más fuerte.

Don Juan.

- Es verdad!. Yo siento ahora, Basilia de mi vida, redoblado mi amor.

Basilia.

- ¿Lo veis, don Juan?. Lo malo huye y lo bueno se hace con la oración más bueno todavía.

Don Juan.

- Sí, sin duda tu cariño es la obra de Dios. Porque la oración me lo refuerza de tal modo que yo no sé cuánto voy a quererte. ¿Y tú, Basilia?.

Basilia.

- Yo os quiero porque Dios nos lo manda.

Don Juan.

- Bien, Basilia. ¿Y si Dios te mandara que por quererme lo abandonaras todo?.

Basilia.

- ¿Y qué iba a abandonar?.

Don Juan.

- Tus amistades, tu casa, tu familia.

Basilis.

- Si Dios me lo mandaba le obedecería.

Don Juan.

- ¿Y no has oído todavía esa voz?.

Basilis.

- No, todavía no.

Don Juan.

- Pues escucha. Dios me ha confiado esa misión. Yo te hablo en su nombre. Hace dos noches tuve una visión y Dios mismo me dijo: Te confío a Basilis, mi buena sierva, guíala al través de todos los peligros de esa vida y hazle ganar mi reino eternamente.

Basilis.

- ¿Tuvisteis la fortuna de ser favorecido con visiones?.

Don Juan.

- Sí. Y me dije: Es necesario obedecer. Basilia es una virgen inocente y debo protegerla. Por eso te he buscado. Quiero cumplir con aquel divino mandato ineludible.

Basilia.

- Yo también me siento llamada al servicio de Dios.

Don Juan.

- Pues entrégate a mí. Yo miraré por ti como por la elegida del Señor.

Basilia.

- ¿Y qué hay que hacer?

Don Juan.

- Confiar ciegamente en tu don Juan. Yo te conduciré.

Basilisa.

- Yo sólo sueño con entrar en un convento.

Don Juan.

- Antes será preciso prepararte.

Basilisa.

- Estoy dispuesta.

Don Juan.

- Pues ven ahora mismo conmigo.

Basilisa.

- ¿A dónde?

Don Juan.

- A una casa de oración que yo conozco.

Basilia.

- ¿Y vos, don Juan, qué vais a hacer?

Don Juan.

- Acompañarte. No olvides que estás bajo mi protección.

Basilia.

- Santo Dios! Yo veo las cosas de distinta manera.

Don Juan.

- Tú debes confiar ciegamente en mí.

Basilia.

- No desconfío. Pero otro camino me parece mejor.

Don Juan.

- ¿Cuál?

Basilia.

- Puesto que os ha dado Dios tales muestras de su predilección, seríais un ingrato si no correspondierais a ellas. Yo, por mi parte, estoy dispuesta. ¿Y vos, don Juan?

Don Juan.

- No entiendo.....

Basilia.

- Pero si está tan claro!. Dios os llama, como me llama a mí. Pues vayamos a él.

Don Juan.

- ¿Y cómo?.

Basilia.

- Vos ingresáis en un convento y yo en otro. Con vuestras

oraciones me sostenéis a mí y así mi alma tendrá más fuerza para luchar con el demonio.

Don Juan (confundido).

- Pero no..... Mira, Basilia. Mi protección ha de ser más directa.....

Basilia.

- ¿Qué, tan poco confiáis en mí y en el poder de la oración?. A Dios le basta con que nuestros espíritus se sostengan con la ayuda inmaterial de la penitencia y la oración que otros hacen para auxiliarnos.

Van entrando algunos fieles, que se arrodillan frente a las imágenes.

Don Juan.

- Vamos, Basilia. Abandónate a mí, que yo sabré hacer lo mejor para los dos.

Basilia.

- No, ahora veo claro. No hay más camino que ése. Obraríais indignamente con Dios si no abandonaseis acto seguido el mundo para entrar en un convento. Yo haré lo propio y me sentiré constantemente con-fortada por vuestras oraciones.

Don Juan.

(Hablando para sí). Esto se tuerce. Y lo peor es que hay demasiada gente para llevárnela a la fuerza. (A Basilia) - Yo te prometo hacerlo; pero entretanto ven conmigo para que así podamos prepararnos convenientemente.

Basilis.

- No. He de consultarlo con mi confesor. De todos modos, si resolución está tomada. Debo consagrarme al Señor. Cuando hagáis otro tanto avisadme para que nuestras oraciones suban juntas hasta el trono de Dios. Quedad con **El**.

Don Juan (intentando detenerla).

- Basilis, espera

Basilis.

- No, dejadme. Es preciso que ya no volvamos a vernos. Que Dios os guarde. (Se va).

Don Juan **III**(despedido).

- Me he lucido!. Don Juan fraile!. Si esto se supiera quedaba desacreditado para siempre. Decididamente, esto ha salido mal.

El Burlador burlado!. Buen asunto para un sainete. Pero no analice-
mos. Vamos a ver si tengo mejor suerte.

EPISODIO III.

FERNANDA.

EPISODIO III.

FERNANDA.

Dormitorio de una gran señora. La habitación se halla completamente a oscuras. Passa un rato.

Don Juan (en voz baja).

- Fernanda!. Fernanda mía!.

Fernanda.

- Octavio!. ¿Estás ahí?.

Don Juan.

- Suspirando por ti. Oh, qué largas se han hecho las horas de mi espera!.

Fernanda.

- Aguárda. Voy a encender la luz.

Don Juan.

- ¿Para qué?. Yo te encontraré. Es tan dulce buscarte en esta obscuridad!

Fernanda.

- Octavio mío!. Ardo en deseos de verte.

Don Juan.

- Es aún más hermoso adivinar.

Fernanda.

- Mis ojos sólo se sacian contemplándote. Voy a encender.

Don Juan.

- No, Fernanda. Pudieran extrañarse de ver luz en esta habitación. Vendrían y nos sorprenderían. Tu fama sufriría y yo deseo
volar por ella.

Fernanda.

- No temas, Octavio de mi alma!. Todo está bien cerrado y los criados no habrían de extrañarse por ver mi dormitorio iluminado. Cuántas horas se me han pasado en vela pensando en ti!.

Don Juan.

- No encieadas, te lo ruego.

Fernanda.

- ¿Pero por qué?. ¿Sabes que es bien inexplicable tu obstinación?.

Don Juan.

- Tengo mis razones poderosas.

Fernanda.

- ¿Cuáles son?.

Don Juan.

-Después te las diré,

Fernanda.

- Yo no veo ninguna. Conque enciendo. (Hace la luz). Cómo!
Si no es Octavio!. Gregorio, Valentín, Faustino, Andrés, acudid!.
Hay ladrones en mi cuarto!.

Don Juan.

- Callad, Fernanda!. No tratéis así a un enamorado.

Fernanda.

- Acudid, criados míos, venid pronto!. Qué descaro!.

Don Juan.

- Escuchadme, Fernanda. Yo os amo. Mi vida entera.....

Fernanda.

- No sigáis. Ahora os reconozco. Don Juan, el burlador. Y no
tuvisteis el menor empacho en suplantar a mi adorado Octavio. Gran
hazaña! Ya veremos cómo salís de ella.

Don Juan.

- Sí, el mismo. Soy don Juan, el caballero sin miedo y sin
empacho, como decís vos, Fernanda.

Fernanda.

- Y sin vergüenza, podéis añadir. (Aparecen cuatro criados
o los que dice Fernanda:) Cogedlo y castigadlo!

Don Juan.

- Serís denigrante! Unos criados!.....

Fernanda.

- No merecéis que os castiguen mejores manos. Vapuleadlo bien!.

Los criados se echan sobre don Juan, que intenta inútilmente defenderse y lo muelen a puñetazos y patadas.

Don Juan.

- Esto es una vileza!. Un caballero como yo!.....

Fernanda.

- Pegad fuerte!. Y no hagáis el menor caso de sus palabras. Un caballero no se desliza en la obscuridad cobardemente para entrar mansalva en una casa que se considera deshonrada sólo con que la pisen sus pies.

Don Juan.

- Los pecados de amor no se pagan así. Ah, malditos!.

Fernanda.

- ¿Qué sabes tú de amor?. Si tú has hecho del fraude el timón de tu vida!. Si no has hecho más que simular el amor para satisfacer tus bestiales instintos de lujuria!. Si lo único que redime al amor, la comunidad completa de dos almas, no lo has sentido nunca!. Si eres un animal abyecto que sólo tiene ingenio para gozar de lo más grosero del amor!. (A los criados). Duro, duro, a ver si con los golpes se hace más decente!.

Don Juan.

- Ardo en ira!. Ser golpeado así!.

Fernanda.

- Si cada una de tus aventuras hubiera terminado como ésta tu ejemplo no habrías hecho al mundo tanto daño. (A los criados). Desdado!. (Don Juan, molido, apenas tiene fuerzas para oponerse). Ve-

remos si te quedan ganas de repetir la suerte. (Dejan a don Juan en paños menores).

Don Juan.

- ¿Qué pretendéis hacer?

Fernanda.

- Ahora lo verás. (A los criados). Echadlo por la ventana y pregonaed que se trata de una tentativa de robo y que se le castiga por ladrón fracasado.

Don Juan.

- No haréis eso, Fernanda. Mirad a mi ~~salva~~ nobleza....

Fernanda.

- ¿Nobleza tú?. Tus ascendientes, bien. ¿Pero tú?. Si eres el ser más vil que anda sobre la Tierra. Noble un hombre que se apro-

vecha de la debilidad de las mujeres para perderlas y que luego se
jacta de abusar de esa debilidad!. Echadlo, echadlo y gritad fuerte!.

Entre los cuatro criados lo echan por una ventana.

Un criado.

- Allá va!. (Gritando). Es un ladrón fracasado!.

Otro criado.

- Quiso robar los bienes de nuestra señora la duquesa!.

Otro criado.

- Apartaos de él!. Nadie está seguro a su lado!.

Otro criado.

- Es mentiroso y vil!. Apartaos!.

Fernanda.

- Basta!. Va bien servido.

EPISODIO IV.

EDITA.

EPISODIO IV.

EDITA.

Habitación lujosa.

Don Juan. (Riendo).

- Tiene gracia!

Edita.

- ¿Qué es lo que tiene gracia?

Don Juan.

- Filosofaba sobre la condición de la mujer.

Edita.

- ¿Y eso te hace reír?

Don Juan.

- Eso y mi suerte.

Edita.

- A ver, explícate. Que nos riemos juntos.

Don Juan.

- Tú no podrías. La risa es sólo para mí.

Edita.

- ¿Por acaso tienes la exclusiva?

Don Juan.

- Mira, Edita. Las mujeres lloran mejor que ríen.

Edita (picada).

- Pero los hombres rabian cuando no lloran.

Don Juan.

- Pero ahora.....

Edita.

- ¿Ahora qué?

Don Juan.

- ¿Tú no sabes a quién te has entregado?

Edita.

- ¡Y qué me importa?

Don Juan.

- Mucho me alegraría para que no tuvieses que llorar.

Edita.

- Pero llorar ¿por qué?

Don Juan.

- Soy don Juan, el famoso burlador.

Edita.

- ¿El auténtico?.

Don Juan.

- El mismo. El que no respetó nada por conseguir a una mujer y la abandonó luego, una vez conseguida. Por eso me refía.

Edita.

- ¿Por qué?.

Don Juan.

- Por mi triunfo de ti. Qué poco resististe!. Luego, cuando te dieras cuenta del engaño; ;.....

Edita (riendo).

- Tiene gracia!.

Don Juan.

- ¿Qué es lo que tiene gracia?.

Edita.

- Filosofaba sobre la condición del hombre.

Don Juan.

- ¿Tú, Edita?.

Edita.

- Sí, yo misma. ¿Por qué no?.

Don Juan.

- ¿Y eso te hace reír?.

Edita.

- Eso y mi suerte.

Don Juan (picado).

- ¿Estás burlándote de mí?

Edita.

- La risa va por barrios.

Don Juan.

- Ninguna de sus víctimas se rió de don Juan.

Edita.

- Lo creo a pies juntillas.

Don Juan.

- ¿Por qué ríes tú entonces?

Edita.

- Porque no soy tu víctima.

Don Juan.

- Cómo!. ¿Qué dices?. Habla!.

Edita.

- No hubiera hablado. Pero si vas diciendo por ahí que Edita hace el número mil de tus conquistas no reiré yo sola.

Don Juan.

- Acaso tú.....

Edita.

- Sí. Yo, más noble que tú, que comenzabas a burlarte aun antes de dejarme, te voy a prevenir. Soy una cortesana.

Don Juan.

- ¿Tú, Edita?

Edita.

- Sí. Desgraciada o afortunadamente, como quieras.

Don Juan.

- ¿Entonces el burlado soy yo?

Edita.

- Naturalmente. Otros antes que tú cargaron ya con las primicias. Llegas un poco tarde.

Don Juan.

- Pero entonces ¿por qué fingiste esa comedia de vírgen inocente?

Edita.

- Para sacar todo el mayor partido que pudiera. Es mi oficio.

Don Juan.

- Así es que mis regalos.....

Edita.

- Esos me conquistaron, que no tú. Estoy ya muy curtida en estas lides.

Don Juan.

- Bribona, astuta y engañosa!

Edita.

- ¡Y qué pensar de ti, que haces lo mismo y aun peor con mujeres honradas que no tienen otro bien que su honor?. Yo aún conservo un poco de decoro para no envanecerme de estas cosas ante nadie.

¡Ni ni eso tienes y abrumas a tus pobres conquistas con una jactancia vergonzosa. A ver si esto te sirve de lección.

Don Juan.

- ¡Mádate seas!. (Se va furioso).

Edita (riendo).

- Pobre don Juan!. El burlador burlado. El se tiene la culpa. Se marchaba lleno de vanagloria, creyendo que había puesto una pica en Flandes. Si hubiera de volver, le habría tratado de otro modo. Pero marcharse definitivamente riéndose de mí?. Con conquistas como ésta va avisado.

EPISODIO V.

AGRIPINA.

EPISODIO V.

AGRIPINA.

Fachada de una casa con una ventana en el piso bajo. En la ventana, Agripina dentro y don Juan fuera.

Don Juan.

- Dejadme entrar en vuestra habitación, Agripina. No puedo decirlo aquí con libertad cuánto os amo.

Agripina.

- Don Juan, tened paciencia. Ya sabéis que os amo también, pero debemos vigilar. El marido podría sorprendernos. Y como es muy celoso.....

Don Juan.

- Yo no le temo. No temo a nadie.

Agripina.

- Pero debéis mirar por mí. Me mataría sin remedio.

Don Juan.

- Oh, qué tormento! Estar tan cerca y no poder tener entre mis brazos la hermosura sin par de mi Agripina!

Agripina.

- Hay que esperar. (Hablando para sí). Cuánto tarda! (A don Juan). Hoy por hoy estáis mejor ahí.

Don Juan.

- ¿Y por qué?

Agripina.

- Porque desde lejos podemos ver venir a mi marido y evitar el escándalo. En cuanto le veamos asomar yo me retiraré, pero vos

seguiréis en la ventana y le haremos creer que hablabais con Eulalia,
una de mis sirvientas.

Don Juan.

- No está mal discurredo. Tenéis talento para engañar maridos.

Agripina.

- El amor aguza el ingenio. ¿Me amaréis siempre?. (Para sí).
Allí viene mi esposo.

Don Juan.

- Sterna y firmemente, como el mar a la orilla, como el
perro a su amo.

Agripina.

- Ya está ahí mi marido. Vos, pase lo que pase, no debéis

retiraros. No os extrañe nada.

Don Juan.

- Descuidad. (Hablando para sí). ¿Qué intentará Agripina?.

Agripina (gritando con todas sus fuerzas).

- Esto es insuportable!. Una mujer honrada no puede ni siquiera asomarse a la ventana!. Qué falta de decoro!. Estos desocupados importunos no respetan a nadie!. Qué, ¿no basta ser una esposa fiel para que estos profesionales del amor la dejen a una en paz?. ¿Hasta cuándo las esposas leales vamos a estar a la merced de los hombres osados sin honor?. Convecinos, amigos, ayudadme!.

Don Juan.

- Pero ¿qué dice?.

El marido de Agripina.

- ¿Qué sucede?

Agripina.

- Oh, ven, esposo mío!. Lamento que hayas llegado en este instante. Pero, en medio de todo, es conveniente para que te convenzas de las mil asechanzas que amenazan a las mujeres como yo, tan firmes y constantes.

El amante de Agripina (para sí).

- Es una actriz de primer orden!. La maniobra es habilísima y el marido quedará envuelto en la añagaza.

El marido de Agripina.

- Pero ¿qué pasa?

Agripina.

- Oh, no se puede resistir!. Figúrate que había yo acabado

de arreglar nuestra casa y de sentarme un rato en la ventana a trabajar en mi labor pensando al mismo tiempo en ti, caro esposo, cuando se acerca ese hombre y empieza a enamorarme. Estupefacto me quedé!. Y cuando ya comenzaba a recobrarne, el atrevido se permite hacerme una proposición de fuga. Santo Dios!. Qué vergüenza!. No pude contenerme y di a gritar para ver si se iba. En este instante apareciste tú.

Don Juan.

- Qué descarol. Miente como una condenada!.

El marido de Agripina.

- Callad vos. Ya arreglaremos cuentas. (A Agripina) ¿Y no le conocías?.

Agripina.

- Jamás lo vi antes que hoy. Pero he de confesártelo. No

es el caso primero. He tenido que soportar varias vergüenzas como ésta sin que tú lo supieras. Y luego, naturalmente, le traen a una en lenguas. (Llora).

El amante de Agripina (para sí).

- Es genial!. Qué manera de ocultar mis amores con ella!.

Así el marido se hará más confiado y podremos vernos con mayor libertad.

El marido de Agripina (a don Juan).

- Vos sois entonces.....

Don Juan.

- Yo soy quien soy y a nadie debo explicaciones.

El marido de Agripina.

- Pues las tendréis que dar. ¿Qué pretendéis?.

Don Juan.

- Ese tesoro vuestro de mujer os lo dirá.

Agripina.

- ¿Lo ves, esposo?. Como todos los galanteadores!. En la hora del peligro no vacilan en arrojar la culpa sobre la que ellos quisieron hacer víctima inocente.

Don Juan.

- Lo dice una mujer y eso le salva. Por peores trances que éste pasó don Juan y a nadie tuvo que entregarse.

Uno de los congregados.

- Ah, es don Juan!. Que salga escarmentado!.

Otro de los congregados.

- Sí, sí, duro con él!. Nos va en ello la paz de los

hogares.

Don Juan.

- Teneos, miserables, si apreciáis vuestra vida!

Otro de los congregados se va y aparece al cabo de un momento con un cesto de patatas. Deja el cesto en el suelo y dice a los demás:

- Con esto le daremos el castigo que merece. Hala, duro con él!

Le tira una patata. Se acercan los demás al cesto y comienzan a arrojarle patatas.

Don Juan.

- Villanos!. ¿Así se trata a un caballero?.

Uno de los congregados.

- Es el final glorioso que corresponde a tu aventura.

Don Juan.

- Qué indignidad!. Y no puedo defenderme!. Habéis de pagarme con creces este ultraje!

Otro de los congregados.

- Tan largo me lo fiáis!. (Le tira una patata).

Don Juan.

- Miserables!. Os juro..... (Se va):

Agripina.

- Gracias, amigos, por la defensa que acabáis de hacer de una mujer honrada!.

EPISODIO VI.

CATALINA.

EPISODIO VI.

CATALINA.

En una playa, a la orilla del mar.

Don Juan.

- ¿No es verdad, Catalina, que el regalo más exquisito que Dios nos ha hecho es el amor?.

Catalina.

- Tenéis razón, don Juan. Qué delicioso es amarse infinitamente!.

Don Juan.

- Como os amo yo, Catalina. Siento el mundo lleno con vuestra imagen. El viento me trae olores, voces, palabras innumerables. Y todo suena igual: Catalina. Las montañas con sus laderas verdes,

sus picos afilados y desnudos, sus bosques rumorosos, sus arroyos retozones y frescos, sus casas perdidas entre las rinconadas, todo me habla de vos, Catalina. En la llanura inmensa donde tiende su vuelo majestuoso el águila, donde corre libremente el caballo, en donde el horizonte fugitivo soporta limpiamente la comba azul del firmamento y el sol brilla maravillosamente, os veo, Catalina. Y sobre el mar, el conmovido desierto azul, palpitante de vida como una gigantesca matriz, os alzáis vos, Catalina, como Venus saliendo de las aguas.

Catalina.

- Seguid, seguid, don Juan. Es un encanto oiros, aunque empleáis ciertas imágenes demasiado sensuales.

Don Juan.

(Para sí). A que termino haciendo versos!. (A Catalina).

¡Ah, Catalina. Ahora os correspon-de a vos. ¿Cómo me améis?.

Catalina.

- Oh, yo, con lo más delicado de mi alma! El olor más sutil, los colores más finos de las flores no representarían la pureza de mis sentimientos. Me parecéis más que un hombre una luz incorpórea, un rayo tenue que me envuelve como un nimbo solar. Sin mancha, sin grosera materia, sin realidad casi, sois para mí un corazón inmaterial visto a lo lejos, envuelto entre las nubes vaporosas de la ilusión nunca alcanzada.

Don Juan.

(Para sí). Uf, qué lejos estamos de lo que me importa!

(A Catalina). - Pero el amor es realidad también.

Catalina.

- Los corazones elegidos deben huir de esa realidad. Oh, amarse puramente!

Don Juan.

- Catalina, amamos con el cuerpo y con el alma.

Catalina.

- No, con el cuerpo no. Con el alma tan sólo. Yo no amaría nunca a un hombre sensual.

Don Juan.

{Para sí}. Pues estamos lucidos!. ¿Qué hago con esta histérica?. (A Catalina). - Los amores más grandes de la Historia fueron de cuerpo y alma.

Catalina.

- No llaméis a eso amor. Está mancillado por la grosera impureza de la materia. No, no ha existido aún un corazón enamorado. Todos murieron enfangados en medio de bajos apetitos. Yo sí. Siento

el amor. El gran amor. El amor verdadero.

Don Juan.

- ¿Y cómo es ese amor?.

Catalina.

- Una cosa callada, recogida. Un oculto tesoro que no se manifiesta. Un temblor de alas en el alma. Una ilusión inmensa que no desea más que la seguridad de una afirmación. Sin verse, sin oírse, muy lejos, eternamente separados y amándose con una fe y una firmeza eternas.

Don Juan.

(Para sí). Esto se ha enamorado del vacío. (A Catalina).

- Pero ese amor no existe, Catalina.

Catalina.

- ¿Que no existe?. ¿No me amáis vos así?.

Don Juan.

- Sí, desde luego. Pero ¿cómo olvidar esos ojos celestes, y esa boca divina y esa frente llena de luz y todo vuestro cuerpo armonioso?. (La coge una mano).

Catalina (retirando la mano vivamente).

- Oh, don Juan!. ¿Sois también como todos?.

Don Juan.

- No puedo resignarme a cerrar los ojos para no ver vuestros encantos.

Catalina.

- Pues es preciso. Desde ahora dejaremos de vernos. Tan

sólo nuestras almas, desde lejos, amarán en silencio. ¿Me querréis así?

Don Juan.

(Para sí). Está local. Jamás me ha pasado otro tanto. Proponer a don Juan un amor a distancia!.... Está dejada de la mano de Dios!. Escabullámonos!. (A Catalina). - Está bien. Ya que es vuestro deseo.....

Catalina.

- ¿Aceptáis?. Oh, qué hermosura!. Amarse sin que nadie lo sepa, en silencio, eternamente!. Marchaos. Ya sabéis que soy vuestra por los siglos de los siglos.

Don Juan.

- Adiós, Catalina..... (Quiere cogerle una mano).

Catalina (evitándolo).

- Oh, no ensuciéis con groseros contactos nuestra última entrevista!. Adiós. (Se va).

Don Juan.

- Me he lucido!. Esa histérica se me ha|do de entre los dedos como un espíritu puro.

EPISODIO VII.

LUISA.

EPISODIO VII.

LUISA.

Ante la fachada de una casa, con ancha puerta ornamentada.

Viene Luisa y entra en la casa. Enseguida aparece don Juan.

Don Juan.

- Qué hermosa es!. Magnífico bocado para un gastrónomo como yo. Pero está algo difícil. No me ha hecho ningún caso. Bah, otras mejor defendidas han caído!. La cuestión está en saber por dónde hay que abrir brecha.

La criada de ~~ella~~ Luisa sale de la casa.

Don Juan.

- Oye, preciosa. ¿Sirves aquí?.

La criada.

- Sí, señor. ¿Qué se le ofrece?

Don Juan.

- Poco y mucho, según.

La criada.

- Usted dirá.

Don Juan.

- ¿Es, por casualidad, tu ama esa señorita que ha entrado
hace un ~~segundo~~ momento?

La criada.

- Sí, señor, ésa misma.

Don Juan.

- La suerte te acompaña, muchacha.

La criada.

- ¿Lo dice usted por ella?. Sí, tiene usted razón. Es muy buena.

Don Juan.

- Y tú eres muy bonita. Lo decía por ti, paloma.

La criada.

- ¿Y en qué me acompaña a mí la suerte?.

Don Juan.

- En que vas a ser rica.

La criada.

- ¿Rica yo?. ¿Y cómo voy a serlo?.

Don Juan.

- Ayudándome. Si haces cuanto te digo la recompensa será

espléndida.

La criada.

- ¿Y qué tengo que hacer?

Don Juan.

- Mira. Yo estoy enamorado de tu ama y ella me corresponde.

Pero su padre se opone terminantemente a nuestro ~~mi~~ amor. Cada día es más difícil para nosotros estar juntos y los dos sufrimos mucho con la ausencia.

La criada.

- Ya entiendo. Y usted desearía que yo les preparara una ocasión de verse.

Don Juan.

- Eso mismo. Eres lista, chiquilla.

La criada.

- Sin embargo, las dificultades serán muchas. (Para sí).

Ya me extraña que mi señorita no me haya dicho nada.

Don Juan.

- No hagas caso. Yo te pagaré bien.

La criada.

- Si es así.... (Para sí). La ocasión hay que agarrarla por los pelos.

Don Juan.

- Tú descuida. Yo te marcaré el plan. Como a tu señorita le comprometería el que nos vieran juntos por ahí, es necesario que nuestra entrevista se celebre en un lugar oculto. ¿Y cuál mejor que su misma habitación?.

La criada.

- Qué, ¿en su casa?

Don Juan.

- Naturalmente. No hay nada que temer porque lo llevaremos todo con el mayor sigilo.

La criada.

- ¿Y cómo la señorita no me ha dicho nada?

Don Juan.

- Porque lo procedente es que sea yo quien te lo diga. ¿Temes algo?

La criada.

(Para sí). Aquí hay dónde sacar. (A don Juan). - Sí, la cosa es muy difícil.

Don Juan.

- Si se puede salvar con dinero.....

La criada.

- Mucho habré que soltar.

Don Juan.

- Por eso no te apures. Soy lo bastante rico para pagar con creces cuanto se haga por mí.

La criada.

- Ya veremos. ¿Y qué debo yo hacer?.

Don Juan.

- Es muy sencillo. Esta noche, cuando todos se hayan retirado, tú me abrirás la puerta y me conducirás calladamente hasta el dormitorio de Luisa. Nada más.

La criada.

- ¿Y si alguno se despierta?

Don Juan.

- Eso queda a mi cargo. ¿Con que lo harás así?

La criada.

- ¿Y si luego usted desaparece y no le veo más?

Don Juan.

- Ya entiendo. Toma. (Le da dinero).

La criada.

- Bueno. Pues a las once. Esté usted escondido cerca de la
puerta.

Don Juan.

- Convenido. A las once. (Se van cada uno por su lado).

En el dormitorio de Luisa. Este se dispone a acostarse.

Luisa.

- Qué dulce es este silencio de la casa en la noche!

Aparece por entre una cortina don Juan, que se queda un momento mirando a Luisa, la cual está de espaldas a él.

Don Juan.

(Para sí). Así está aún más bella. (A Luisa). - Hermosa Luisa, perdónad

Luisa (volviéndose vivamente).

- Cielos! ¿Quién habla?

Don Juan.

- Perdonad a este humilde amador.....

Luisa.

- ¿Qué queréis?

Don Juan.

- Contemplaros en una sincera adoración.

Luisa.

- ¿Quién os autorizó ~~para~~ para introducirnos aquí como un ladrón?

Don Juan.

- Mi amor, Luisa. Yo os amo con todas las potencias de mi alma. (Quiere cogerle una mano).

Luisa.

- Quieto!. ¿Y pensáis de este modo hacer méritos para conseguir que yo os corresponda?. ¿No sabéis que soy una májor honrada?.

Don Juan.

- ¿Y quién no sabe eso?.

Luisa.

- Pues entonces!. ¿Quién sois?.

Don Juan.

- Don Juan me llaman, el hijo de don Diego.

Luisa.

- ¿Don Juan, el enamorado?.

Don Juan.

- Ahora el enamorado hasta la muerte.

Luisa.

- Salid de aquí enseguida!. Qué vergüenza!

Don Juan.

- Me condenáis a muerte. No, no podría aunque quisiera.

Luisa.

- ¿Cómo?. ¿Que no?. Vamos, salid antes de que vengan a echaros.

Don Juan.

- No, Luisa, no permitiréis que un ~~am~~ amor tan inmenso como el mío sea tratado tan despiadadamente. (Intenta cogerla por la cintura).

Luisa.

- Salid o llamo.

Don Juan.

- Escuchadme, amor mío. Cuanto soy, cuanto tengo y cuanto valgo lo pongo a vuestros pies.....

Luisa.

- ¿Pero se creerá este tenorio imbécil que me va a engañar con su eterna canción?. (Gritando). Padre mío, ven inmediatamente!. Hay hombres en mi cuarto!.

Don Juan.

- ¿Qué hacéis?. Vais a infamaros vos misma. Ahora vendrán, me encontrarán aquí y nadie evitará que todos piensen que entré con vuestro consentimiento.

Luisa.

- Sí, ése era vuestro cálculo y con eso contabais. Pero a

ambos nos conocen y afortunadamente para mí, pensarán la verdad. (Grita otra vez). Padre mío, ven pronto!

Don Juan.

- No gritéis!. Por favor!. Quisiera evitaros un disgusto.

Luisa.

- ¿Un disgusto a mí?. Vamos, el miedo os ha hecho perder la cabeza.

Don Juan.

- No es el miedo. No lo he tenido nunca.

Luisa.

- ¿Y por qué queréis que calle?.

Don Juan.

- Por evitaros que sentir.

Luisa.

- ¿Qué vais a hacerme?.

Don Juan.

- Mi Luisa nada tiene que temer. Pero los otros..... Ay del que se ponga frente a mí!.

Luisa.

- Santo Dios!. ¿No respetaríais a mi padre?.

Don Juan (sombriamente).

- No respetaría a nadie.

Luisa.

(Para sí). Me parece oír ruido. ¿Será mi padre?. Y si este desalmado lo matase!..... (A don Juan). Salid, antes que llegue al-

Don Juan.

- Bien, me iré. Pero contigo, Luisa.

Luisa.

- ¿Conmigo?. Nunca!

Don Juan.

- Ven, amor mío. Seremos tan felices! Tú eres mi cielo, mi esperanza, mi gloria. (La coge y ella procura desasirse, sin conseguirlo).

Luisa.

- Oh, Dios mío, ayúdame!. (Para sí). Estoy indefensa. Si llamo acudirán y este canalla cometerá algún crimen. (A don Juan).
Déjame!. Por favor!.

El padre de Luisa (apareciendo en la puerta).

- ¿Qué es esto?. (A don Juan). ¿Qué hace usted?. (Don Juan suelta a Luisa).

Don Juan.

- Dejadme salir.

El padre de Luisa.

- Antes es necesario que usted se explique.

Don Juan.

- No tengo nada que explicar.

Luisa.

- Padre, déjale salir.

El padre de Luisa.

- Ahora menos que nunca. ¿Entró con tu consentimiento?.

Luisa.

- Oh, no penséis mal de mí!

El padre de Luisa.

(A don Juan). - Vamos, ¿qué hacía usted aquí?

Don Juan.

- No estoy de humor para responder ahora a un cuestionario.

Quedad con Dios. (Va a salir).

El padre de Luisa (poniéndose delante).

- No tan de prisa, joven. Hay que mirar muy bien dónde se
pisa antes de dar un paso como éste. Contestad, ¿qué buscabais aquí?

Don Juan.

- Notad ~~de~~ que ya me voy cansando de esta escena.

El padre de Luisa.

- Sí, siempre es enojoso el momento de purgar las culpas.

Don Juan.

- Apartad, viejo terco, antes que me haga caso con mis

manos.

El padre de Luisa.

- ¿Cómo! ¿Osaría atropellarme a mí?

Don Juan.

- A ti y al mismo Dios que se me pusiera por delante.

El padre de Luisa.

- Blasfemo!

Luisa.

- Es un demonio!

Don Juan.

- ¡Ea!. Se acabó mi paciencia. (Se lanza contra el padre de Luisa. Este se aparta).

El padre de Luisa.

- Detenedlo!. (Salen cuatro policías que se arrojan sobre don Juan y lo sujetan). ¿Pensaste que ibas a salir de ésta con las manos lavadas?.

Don Juan (resistiéndose).

- Soltad, villanos!. ¿No sabéis quién soy yo?.

El padre de Luisa.

- Sí, hombre, sí, todos te conocemos. Un granuja que no se preocupe más que de dar que hablar. Pero ahora verás cómo se pagan estas cosas.

Don Juan.

- Viejo chocho, tengo más poderes que los que tú pudieras figurarte para salir de ésta bien librado.

El padre de Luisa.

- Nada te sobraré. Ahora la Justicia es justicia de veras y sabe distinguir las personas decentes de las que no lo son. Bien, ya tenéis el paso libre. Cuando gustéis!

Don Juan.

- Es denigrante para mí ser conducido así. Dejadme. Yo me presentaré solo ante los Magistrados.

El padre de Luisa.

- Sin duda no ~~sabrías~~ sabías que soy uno de ellos. (A los policías). Sujetadlo bien y tened buen cuidado de que no se os escape. ¿Quién puede confiar en la palabra de un burlador de mujeres!

Llévóoslo!. (Salen los policías con don Juan, que se resiste).

Luisa.

- Oh, qué miedo he pasado, padre mío!

El padre de Luisa.

- ¿Y por qué, hija?.

Luisa.

- Es un hombre atrevido y temible. Os hubiera matado.

El padre de Luisa.

- Sí, es muy posible. Pero ya conocía sus tretas y me he podido prevenir.

Luisa.

- No me explico. ¿Cómo te has arreglado para avisar a los

agentes?.

El padre de Luisa.

- Ha sido una fortuna. Me disponía ya a acostarme cuando entra la criada, alarmada y confusa. Marchad, señor, me dice, al dormitorio de la señorita. ¿Qué ocurre?, pregunto yo, algo sobresaltado. Y entonces me relata una pequeña historia. Ese canalla la había sobornado, con el pretexto de que tú y él os entendíais y no podíais entrevistaros. Ella le había facilitado el paso hasta tu habitación y, llevada de una curiosidad irreprimible, se había puesto a escuchar. Cuando tuvo la prueba de que tú ni aun siquiera le conocías, amargamente arrepentida, se decidió a contármelo todo. Yo, que conozco a ese don Juan y sabía que, por fin, había de venir a dar con sus huesos delante de nosotros, la mandé a toda prisa en busca de la policía. Entretanto, oí tus voces y me dispuse a marchar en tu ayuda. Y mientras yo lo entretenía con

las preguntas que a él le sacaban de quicio, los agentes llegaron y dieron buena cuenta de él. Esto es todo.

Luisa.

- Gracias a ti, padre mío, nos hemos visto libres de ese demonio. Cuánto miedo he pasado!

El padre de Luisa (sonriendo).

- No vayas a enamorarte de él.

Luisa.

- No pases el menor cuidado. Lo conozco. Su táctica es la misma con todas las mujeres. Es un farsante. Me da miedo y me repugna a la vez.

... y ...
... de ...

...

... de ...

...

...

...

...

...

...

...

EPISODIO VIII.

JULIANA.

EPISODIO VIII.

JULIANA.

Un jardín público. Sentados en un banco Juliana y don Juan.

Don Juan.

- Usted perdonará mi atrevimiento, pero no he podido resistir a la atracción que ejerce usted sobre un corazón sensible a la belleza como el mío.

Juliana.

- Desconocía esa propiedad que usted me atribuye. Doy poca importancia a esas impresiones súbitas que algunos llaman amor.

Don Juan.

- Pues si el amor es algo es esencialmente eso. Un instan-

táneo y poderoso despertar ante la presencia impensada de la elegida de nuestro corazón.

Juliana.

- ¿Sí? ¿Y cómo conocerla?.

Don Juan.

- Lo dice la emoción. El vuelco que yo he sentido al ver a usted. La conmoción de mis más hondas fibras y un como deslumbramiento que me ha hecho verla resplandeciendo en un nimbo luminoso.

Juliana.

- Entonces, ¿se ha enamorado usted?.

Don Juan.

- Locamente. Jamás me había sucedido esto.

Juliana.

- ¿Y cómo ama usted?

Don Juan.

- Como el pájaro el aire, como el agua los peces, como el sol a la tierra, que la envuelve en una cálida caricia inasabablemente. ¿Me dirá usted su nombre, ilusión mía?

Juliana.

- Juliana.

Don Juan.

- Pues bien, Juliana, Yo la amo con todas las potencias de mi alma. Ya no hay luz para mí si no es viendo sus ojos hermosísimos. Sueño con esa boca fresca y sólo ansío morir de felicidad entre sus brazos.

Juliana.

- No es muy excepcional que digamos ese amor. Quitando las palabras, del mismo modo aman los animales.

Don Juan.

- Por Dios, Juliana, ¿cómo dice usted eso?

Juliana.

- Usted lo dice, que no yo. Pruebe usted. Prescinda de esas bellas palabras y ¿qué queda?. El deseo de poseerme. Como en los animales.

Don Juan.

- Pero aunque lo creyera usted así, Juliana mía, ¿olvida que el amor regenera y engrandece a los hombres?. Su amor me haría, a la vez que el más feliz de los mortales, mejor que a todos los de-

Juliana.

- Se engaña usted completamente. El amor deja a los hombres y a las mujeres como son. No hace más que intensificar lo que llevamos dentro. El bueno se hará más bueno todavía y el malo se afirmará aún más en su malicia. Así don Juan Tenorio se acreditó de gran canalla, abusando de la bondad y la confianza que sus víctimas ponían en él. Sus triunfos eran el triunfo del granuja que, violándolo todo, falta a la buena fe de los demás. El era en el fondo un miserable cuya única obsesión consistía en conseguir mujeres para dejarlas inmediatamente. Cómo le iba a redimir el amor si era un malvado!.

Don Juan.

(Para sí). Si ella supiera que yo soy el auténtico don Juan! (A Juliana). - No obstante, doña Inés.....

Juliana.

- Fué un capricho de poeta. El tipo de don Juan no tiene re-
ndición. En eso estuvo mejor Tirso de Molina. Pero volvamos al asunto.
¿Está usted convencido de que podría hacerme feliz?

Don Juan.

- Plenamente convencido.

Juliana.

- Bien. ¿Y qué me ofrece usted para alcanzar esa felicidad
soñada?

Don Juan.

- Mi alma y mi vida enteras. Un amor eterno, siempre firme
y constante. Ser su esclavo y someterme a todos sus caprichos. La de-
licia de vivir siempre juntos, sólo pensando el uno para el otro. Un

corriente infinito!

Juliana.

- ¿Y nada más?

Don Juan.

- ¿Cómo!, ¿Le parece a usted poco?

Juliana (levantándose).

- Me parece tan poco que ni siquiera llega a nada. Usted, a quien justamente conozco, me propone que vivamos siempre juntos. ¿Y qué sé yo quién es usted ni cuál es su carácter?. Esa felicidad intermitente podría convertirse muy bien en un tormento eterno. Pero no haya cuidado!. Ya lo he conocido!. Usted es un pobre mentecato, bueno sólo para enamorar a mujeres imbéciles o que hayan perdido la razón. Un hombre que no puede ofrecer más que palabras vanas a las más excel-

sas aspiraciones de una mujer no pasa de ser un infeliz majadero engreído que piensa que con su lengua, útil tan sólo para decir palabras huecas, va a trastornar los corazones de toda clase de mujeres. Quedad con Dios, inmenso tonto!. (Se va).

Don Juan.

- Otro fracaso más!. ¿Es que ya las mujeres de ahora no son cómo las de antes?. Don Juan, tu fama empieza a conmoverse. Hay que reivindicarla!. (Se va).

EPISODIO IX.

ROSA.

EPISODIO IX.

ROSA.

Sólo se ve el firmamento estrellado y en él, la Luna. Rosa está mirando al cielo. Pasa don Juan.

Don Juan.

(Para sí). Linda moza, por mi fe!. (A Rosa). ¿Queréis matar la Luna con la luz de vuestros ojos?.

|| Rosa (volviéndose).

(Para sí). Oh, qué gallardo es!. (A don Juan). ¿Por qué lo decís?.

Don Juan.

- Porque no hay quien resista la hermosura de esos dos luceros que tenéis en la cara.

Rosa.

- Como galantería no está mal.

Don Juan.

- No es galantería. Jamás he visto unos ojos tan bellos.

Rosa.

(Para sí). Qué emoción tan extraña siento al mirar a este hombre!. ¿Me habré enamorado?. (A don Juan). Qué cosas más bonitas sabéis decir!. ¿Quién sois?.

Don Juan (con jactancia).

- Don Juan.

Rosa.

- ¿Don Juan, el burlador?.

Don Juan.

- El mismo. Pero ahora irrevocablemente enamorado.

Rosa.

{Pero sí}. Oh, don Juan! Mi sueño!. Ya no me pertenezco!.

{A don Juan}. - Os he esperado tanto tiempo!.

Don Juan.

- ¿Me amas, pues, vida mía?. {La abraza}.

Rosa.

- Te he amado siempre. Tu fama, tu valor, tu gallardía me enajenaron bien temprano. Y desde entonces no he hecho más ~~cosa~~ que aguardar, aguardar siempre!.

Don Juan.

- Oh, qué feliz me haces!. También yo te he buscado durante

largo tiempo sin lograr encontrarte. Te presentía y todos mis caprichos pasajeros se deshacían prontamente al comprobar mi error. Tú eras la elegida y he tenido que recorrer un larguísimo camino antes de hallarte.

Rosa.

- Pero por fin estás aquí. Mi corazón lleno de júbilo sólo piensa en amar al don Juan de mis sueños.

Don Juan.

- Es forzoso, con todo, separarnos. Acabo de llegar y negocios urgentes me reclaman. ¿Quieres que dediquemos esta noche al amor?

Rosa.

- Oh, tan pronto separarnos!

Don Juan.

- No lo puedo evitar. Mi alma rebosará de dolor al dejarte, pero es inevitable. Contigo quedará mi corazón.

Rosa.

- Ya que no hay más remedio.....

Don Juan.

- Confórmate, bien mío. Entonces, ¿nos veremos esta noche?

Rosa.

- Sí, pero antes has de probar que me quieres de verdad y no como a tantas que luego abandonaste.

Don Juan.

- Oh, no lo dudes!. Tú eres mi único, mi verdadero amor.

Rosa.

- Entonces, ¿me darás lo que te pida?.

Don Juan.

- Aunque fuere la Luna!.

Rosa.

- Me llaman caprichosa, pero pronto verás que no soy nada de eso. ¿Hablaste de la Luna?. Pues bien; sabe que es mi mayor deseo. Anhelo poseerla para alumbrar mi cuarto por la noche. Es tan suave, tan blanca, tan hermosa!.

Don Juan.

- Pero cómo!. ¿Hablas en serio?.

Rosa.

- ¿En serio?. Y tan en serio!. ¿No me la has ofrecido?.

Don Juan.

(Para sí). Está loca. (A Rosa). - Quiero demostrarte mi resolución firme de darte gusto. Pero debes comprender.....

Rosa.

- ¿Qué voy a comprender?. ¿No partió de ti el ofrecimiento?. Oh, viene a ser como todos!. Se deshacen en promesas y no cumplen ninguna.

Don Juan.

- Por Dios, Rosa, mi Rosa!.....

Rosa.

- Nada, nada!. ~~Sea~~ O me traes la Luna o te vas para siempre. Si quieres que yo me entregue a ti en cuerpo y alma es necesario antes que me des una prueba evidente de tu amor. ¿O pretendes también

engañarme para huir una vez satisfecho tu capricho?

Don Juan.

- Yo te juro, hermosa Rosa mía, que sólo pienso en ti y que ya mi vida de burlador se ha terminado para siempre.

Rosa.

- Bueno, pues anda, tráeme la Luna.

Don Juan.

(Para sí). Está loca de estar!. (A Rosa). ¿No ves que es imposible?.

Rosa.

- Oh, vete, vete, tú no eres mi don Juan, el que a nada te-
mió!. Eres un hablador, largo en palabras, pero en obras corto. Vete,
no quiero verte más!.

Don Juan.

- Escucha, Rosa mía!

Rosa.

- Vete, te digo!. Y si no, me iré yo. (Se va).

Don Juan.

- Rosa, mi alma!. Nada, se ha ido!. Pero ¿qué maldito demonio me persigue hace tiempo?. También es mala suerte!. Tropezar con una loca!.

EPISODIO X.

LUCRECIA.

EPISODIO X.

LUCRECIA.

Estamos en una calle.

Don Juan.

- Dignaos escucharme, hermosísima Lucrecia.

Lucrecia.

- ¿Qué tenéis que decirme?

Don Juan.

- Que estoy muriendo desde que pude contemplar esos ojos tan bellos y que.....

Lucrecia.

- ¿Sabéis con quién habláis?.

Don Juan.

- Demasiado lo sé. Con la más fría e insensible mujer que vive en la ciudad.

Lucrecia.

- ¿Qué os importa si soy fría o ardiente?.

Don Juan.

- Me va en ello la vida. Mis pensamientos, mi alma entera...

Lucrecia.

- Soy casada y honrada.

Don Juan.

- Lo sé.

Lucrecia.

- Pues entonces, ¿para qué importunarme?.

Don Juan.

- ¿No encontráis la fidelidad demasiado aburrida?

Lucrecia.

- Oh, qué gracioso es esto!

Don Juan.

- Yo os ofrezco una dicha sin fin, los gozos infinitos de la pasión.....

Lucrecia.

- Callad, imbécil!. ¿Creéis que soy una mujer perdida?. Id a ellas con vuestra cantinela. Estos majaderetes han supuesto que tienen el dominio de la felicidad. Todos los don Juanes juntos del mundo no llegáis a valer una centésima de lo que vale mi marido. Aburrimiento en la fidelidad!. Naturalmente!. En vuestro cerebro de mico no

caben estas cosas. Con menos cabeza que una mariposa, sólo sabéis volar de mujer en mujer. Y qué mujeres!. Marchad, marchad a buscar triunfos entre las meretrices, entre las que han perdido el juicio, entre aquellas que ya no tienen nada de mujer. Animales groseros!. Piensan que todo el mundo ha de ensuciarse en el lodo en que ellos chapotean. Apartaos!. Qué asco!. (Se va).

Don Juan.

-El demonio me valga!. Estoy anonadado. ¿Qué ha pasado en el mundo?. Ha debido sobrevenir un cambio inexplicable. Yo, el don Juan inmortal, acostumbrado a triunfar siempre!. Estos tiempos me llevan de fracaso en fracaso. ¿A qué me veré expuesto todavía?.

EPISODIO XI.

DOROTEA.

EPISODIO XI.

DOROTEA.

En una habitación lujosa. Dorotea y don Juan en traje de boda.

Dorotea.

- Por fin, unidos para siempre, amor mío!

Don Juan.

- Sí, para siempre. (Para sí). ¿Qué he hecho yo?

Dorotea.

- Y pensar que el temible don Juan, azote de las mujeres, es ya mío, todo mío!. Cuánto te calumniaban, mi alma, al acusarte de que no tenías corazón!.

Don Juan.

- Ya lo ves, cielo mío. Todas mis aventuras no fueron sino el anhelo de encontrar el verdadero amor que, al fin, tengo en ti.

Dorotea.

- ¡ Oh, qué feliz me haces! Te aseguro que ni aun cuando me casé con mi primer marido estaba tan ilusionada como ahora. Y eso que entonces tenía yo veinte años.

Don Juan.

- Deja eso, Dorotea. No recordemos lo pasado. (Para sí). La verdad es que coronar mi turbulenta vida con la conquista de una viuda a costa de un matrimonio formal.....

Dorotea.

- Como quieras, bien mío. ¿ Creerás que casi no acabo de con-

vencerme de lo que veo?. Tú, el terrible enamorado, acceder a casarte y a terminar para siempre tu vida de aventuras!. No sé cómo dar gracias a Dios por esta conversión.

Don Juan.

- Todo se debe a ti, Dorotea. Tú hiciste el milagro y aquí tienes ahora al famoso don Juan rendido y enamorado. (Para sí). Pero empiezo a ver que esto no tiene remedio. Antes podía decir esas palabras sin temor porque no había de cumplirlas; pero ahora.....

Dorotea.

-¿En qué piensas?. ¿Echas de menos algo?. Tu Dorotea quisiera dar su vida por ti, si preciso fuera. (Lo sorricia).

Don Juan.

- No, soy feliz. (Para sí). Me parece que he dado un mal

paso.

Dorotea.

- Pues entreguémonos sin miedo a nuestro amor. ¿Me querrás siempre igual?.

Don Juan.

- Siempre, mi vida. Ya ves, cuando me he casado, yo, el in-dómito don Juan, al cual nadie, ni las más nobles ni las más hermosas, consiguió reducir!. (Para sí). Con una viuda!. No, indudablemente, no es ése el fin que yo me merecía.

Dorotea.

- Y dime, querido, ¿qué has visto en mí para resolverte a abandonar por siempre tu vida de aventuras?.

Don Juan.

- He visto el amor, sencillamente.

Dorotea.

- Entonces, ¿tú no has amado nunca?.

Don Juan.

- Nunca hasta conocerte, Dorotea.

Dorotea.

-¿Luego todos tus juramentos y promesas fueron falsos?.

Don Juan.

- Bah!, las palabras se las lleva el viento.

Dorotea.

- ¿Sabes que me das miedo?.

Don Juan.

- ¿Por qué?

Dorotes.

- ¿No me mentirás también a mí?. Aunque, por supuesto, ya casados es distinto.

Don Juan.

- ¿Distinto en qué sentido?

Dorotes.

- En el de que ya no puedes abandonarme. Una esposa no es una víctima.

Don Juan.

- ¿Cómo puedes ni insinuar eso siquiera, Dorotes?. (Para sí).

Decididamente, he cometido una tontería casándome. (A Dorotes). Pero

no me gusta el tono con que has dicho eso de que "Una esposa ~~no~~ no es una víctima".

Dorotea.

- ¿Pues cómo querías que lo dijese?.

Don Juan.

- Parece que no te gustaría hacer de víctima de amor.

Dorotea.

- No, ni de amor ni de nada. No he nacido para eso.

Don Juan.

(Para sí). ¿En dónde me he metido?.

Dorotea.

- ¿Por qué lo dices?.

Don Juan.

- Por nada.

Dorotea.

- Ahí. No vayas a figurarte que estoy dispuesta a pasar por movimiento mal hecho en lo sucesivo. Yo soy una mujer formal y no consentiré que mi marido ande por ahí a salto de mata.

Don Juan.

(Para sí). Si es una fiera!. Por|| qué me habré casado!. (A Dorotea, en tono protector). - No temas, mujer.

Dorotea.

- No, si yo no tengo nada que temer. El que tendrá que andar derecho serás tú.

Don Juan.

- Dorotea, yo he sido siempre dueño de mis actos y obraré según me plazca.

Dorotea.

- Pero ¿por quién me has tomado?. Te advierto que mis difuntos maridos jamás discutían conmigo. Sabían que era inútil.

Don Juan.

{Para sí}. Y ésta era el alma que se me presentaba llena de pureza!. El ángel dócil y delicado!.

Dorotea.

- Da, pues, por terminada toda tu vida de lances mujeriegos. A vivir como Dios manda, que pronto llegarás a viejo, igual que yo.

Don Juan.

- Cómo!. Don Juan, que a nadie se rindió, ¿va a tener ahora que humillarse ante una mujer?.

Dorotea.

- Yo creo que no hay humillación. Pero, en fin, como quieras. En lo que te equivocas seguramente es en pensar que una mujer no ha de poder contigo. No sabes tú la fuerza que da el matrimonio. ¿Por qué crees que abusaste de las mujeres en todas tus conquistas?. Pues porque no supieron sujetarte, como yo. Tú dejaste de ser definitivamente don Juan; ya no eres más que mi marido. Antes luchabas sólo contra las mujeres; ahora tienes enfrente a mujeres y hombres. La sociedad entera te ha cogido en sus redes y de ellas no podrás escapar como no emigres. Mientras vivas aquí tendrás que ser un esposo modelo.

Don Juan.

- No es posible!. Don Juan, el famoso don Juan, un tipo casi heroico, inmortal en la memoria de los hombres, ¿iba a tener tan desastrado fin?.

Dorotea.

- ¿Pues qué creías?. Acostumbrado a dar palabras fáciles, a prestar juramentos sacrílegos y a prometer todo lo existente, llegaste a suonar que en este mundo no habría medio hábil de obligarte al cumplimiento de cuanto ofrecías. Ya me encargaré yo de demostrarte que con el matrimonio no se juega y que, en efecto, el inmortal don Juan se ha sumergido en la vulgaridad.

Don Juan.

- Entonces, ¿esto ha sido un engaño?.

101

Dorotea.

- ¿El qué?

Don Juan.

- Todo. Tu amor, tu carácter, tu táctica.

Dorotea.

- Hombre, no!. He empleado el mismo juego de que tú hacías uso para conseguir a las mujeres. Te presentabas como un hombre distinto del que realmente eras, prometías, jurabas e ibas derecho a tu deseo. Yo he hecho lo mismo. Para ti, el fin justificaba los medios. Todo iba bien para lograr a una mujer. Pues bueno; todo irá igualmente bien para lograr a un hombre. Es tu táctica. Con una diferencia. Que muere en ti don Juan para nacer el hombre mientras que en las mujeres seducidas por ti su honor moría irremisiblemente. Mi fin sí que justificaba los medios que he empleado.

61

Don Juan.

- ¿ De modo que he caído en un lazo?.

Dorotea.

- No, esposo mío. El lazo lo pusiste tú para que yo cayera en él. Pensaste, sin duda, que podrías conseguirme como a todas: con juramentos y promesas. Pero tú no conocías a las viudas. Y como no tenías experiencia de ellas, en vez de seducirme te has casado. Ya no tiene remedio, queridísimo. ¿Por qué no te resignas y entonces viviremos felices y contentos?.

Don Juan (furioso).

- Calla, ~~harpía~~ harpía!. Maldito sino el mío!. Consagrar la vida a la empresa de vencer sin ser vencido; elaborar mi gloria burlando a todo el mundo para ser burlado de este modo; correr riesgos, arrostrar venganzas, desafiar al mundo entero para acabar así!.

Trágame, tierra!. Yo podía acabar de cualquier modo menos de éste tan ~~stato~~ ridículo. Don Juan casado y con una viuda!. Toda mi historia borrada en un momento funestísimo. ¿A qué ha quedado reducido el terrible burlador de mujeres?. A un marido obediente y sufrido. Maldición sobre mí!. (Se va).

Dorotea.

- Aún está durillo de pelar. Pero es cuestión de tiempo.

Una viuda tiene recursos inagotables.

ACORDE FINAL.

ACORDE FINAL.

No es ningún lugar determinado y todo flota en un color azul celeste. Don Juan, de pie, en el centro, sobre una trampa. A los lados y frente a él, el pueblo.

Uno del pueblo.

- Desleal, engañador y vil!. Llegó tu hora!. Abusaste de la nobleza de los hombres, engañaste arteramente a las mujeres y te vanagloriaste después de tus innumerables crímenes. No tenías perdón y las gentes no te han perdonado.

Otro del pueblo.

- Vivió porque nosotros lo quisimos. Era un tipo que podía existir solamente entre almas de moralidad corrompida. Tú eres de épocas pasadas en que los hombres apenas atisbaban la luz. Ellos te hi-

cieron a su imagen y semejanza. Por eso te elevaron a la altura de héroe. Tu heroísmo era la aspiración de su animalidad.

Otro del pueblo.

- Sí, verdaderamente. En estos tiempos ya no puedes vivir.

Siendo todos medianamente honrados y viviendo en una sociedad constituida con adecuados medios de defensa, tienes que fracasar ruidosamente. ¿A quién podrías engañar ahora?. Todos te conocemos y te odiamos. Somos mucho mejores que los antepasados que te tuvieron que sufrir.

Otro del pueblo.

- Ya no tienes grandeza. Los hombres que existieron cuando tú te ocupabas en burlar a infelices mujeres creyeron que encarnabas un espíritu infernal. Y sólo eras la encarnación de lo peor del hombre. La mala fe, el abuso de confianza, el cinismo, la grosera luj-

ria, eso eras tú. Y a medida que la Humanidad iba cambiando poco a poco, tú ibas sumergiéndote en los bajos fondos de donde no debiste salir nunca. Vete, desaparece para siempre!

Otro del pueblo.

- Canalla y vil!. Desaparece!

Otro del pueblo.

- Húndete en la nada, bandolero!. Ya no hay nada de ti en los hombres de ahora!

Otro del pueblo.

- Bestia insaciable!. Ya no eres pesadilla para nadie!

Otro del pueblo.

- Perjuro, infiel, alma negra!

Otro del pueblo.

- No has sido nunca sino un majadero degenerado!. Push!.

(Se van todos).

Don Juan.

- Vosotros me creasteis!. Vosotros me volvéis a la nada!.

(Se hunde la trampa y don Juan desaparece).

FIN

DE LA NOVELA.

Leoncio Urabayen

Leoncio Urabayen
Yanguas y Miranda, 3-3º.
PAMPLONA

1900

En las altas montañas de los Andes...

en...

los...

...de las montañas de los Andes...

...de las montañas de los Andes...

VII

DE LA...

Curso de...

